



ESTUDIOS HISTORICOS.

CONSPIRACION DEL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA PARA ALZARSE
REY DE ANDALUCIA.

(1641).

La España, que había llegado al mas alto punto de su gloria en el reinado de Carlos V y de Felipe II, siendo la señora de todo el universo, ocultaba bajo el manto de púrpura y de oro un cuerpo doliente que debilitaba una enfermedad funesta. El movimiento retrógrado que conduce á los pueblos al embrutecimiento y á la miseria, comenzó en el reinado de Felipe III, y en vano Felipe IV iba á luchar contra el torrente que arrastraba su desventurado reino.

Jóven, dado á la disipacion y á los placeres, entregado el gobierno á un favorito sin talento y sin amor á su país, la España se vió aniquilada con las ruinosas guerras que sostenia por tan largo tiempo, y por los subsidios que daba á otras potencias de la Europa: exhausta de hombres y de dinero, y mal auxiliada por los pueblos, se desmoronó de un golpe y estuvo á pique de verse trastornada hasta en sus cimientos. Los catalanes, los aragoneses, los vizcainos y navarros pretendian gozar en la paz de todos los fueros y privilegios, sin querer soportar el peso de la guerra y de los impuestos. Los castellanos solos combatian por toda la nación y prodigaban sus bienes y su sangre en su defensa. Trató Olivares de suspender por algun tiempo estos privilegios tan perjudiciales al estado, y mandó el rey en consecuencia que se armasen seis mil catalanes y pasasen á la Italia, imponiendo á Cataluña una contribucion proporcionada á sus riquezas. Envió esta provincia dos diputados á la corte, empero fueron arrestados. Barcelona, á la noticia de esto, dió la señal de la rebelion; á la cual respondieron la mayor parte de los pueblos de la provincia, sacrificando á los castellanos que habia en ella. Quiso sofocar el alboroto el virey, conde de Santa Coloma, pero en vano; quiso huir á un buque, pero fué arrestado y hecho pedazos por el pueblo. El Portugal aprovecha esta ocasion favorable para sacudir el yugo de la España. Gemian los portugueses bajo la férula de su compatriota Miguel de Vasconcelos que, con el título de secretario de Estado, los tenia oprimidos, y sobre todo, la nobleza se mostró sumamente ofendida de un decreto, por el cual se le mandaba armar para reducir la Cataluña, sopena de perder sus feudos. Por otra parte, las guerras civiles y extranjeras en que se hallaba empeñada la España, presentaban una coyuntura muy favorable para realizar la conspiracion, preparada en silencio hacia tres años, con el objeto de colocar al duque de Braganza en el trono de sus padres. Reventó, pues, la explosion: Vasconcelos fué sacrificado, la vireina arrestada, y desarmada su guardia, y el duque de Braganza proclamado rey, bajo el nombre de Juan IV. Sabia toda la Europa este acontecimiento, mientras que Felipe IV, que era el mas interesado en él, le ignoraba. Anunciósele Olivares con semblante risueño, diciéndole: «Señor: traigo á V. M. una noticia muy agradable.» «¿Cuál es?» preguntó el rey «La de haber ganado en un momento un ducado con muchas y muy hermosas tierras.» «¿Cómo es eso, conde?» replicó

SEGUNDA SERIE.—1861.

el rey sorprendido. «Porque el duque de Braganza ha perdido la cabeza, dejándose engañar por un populacho que le proclama rey de Portugal, y por el mismo hecho sus bienes quedan confiscados.»

A la pérdida de Portugal estuvo á punto de seguirse la de Andalucía. El duque de Medina-Sidonia, don Gaspar Alonso Ruiz de Guzman, pariente del conde-duque de Olivares, y hermano de la reina de Portugal, no contento con vivir como un soberano en su gobierno de Andalucía, aspiró á serlo de derecho, inducido por el ejemplo y las sugerencias del duque de Braganza. Contaba con que este monarca, la Francia, la Holanda y la Cataluña le sostendrian en esta empresa.

El conde-duque de Olivares para reducir el Portugal se habia limitado á tramar una conspiracion, de que eran el alma el marqués de Villareal y el arzobispo de Braga, siendo su principal agente un hidalgo llamado Agustín Mahuel y el judío Baeza, hombre rico, muy favorecido del conde-duque de Olivares, que, hasta con escándalo, le habia condecorado con la orden de Cristo.

El pliego en que se noticiaba que el día señalado para que estallase la conspiracion que habia de volver el trono portugués al monarca español, era el 5 de agosto, cayó en manos del marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas de la frontera, pariente inmediato de la reina de Portugal, á quien se lo pasó inmediatamente.

El marqués de Villareal y el arzobispo de Braga fueron arrestados inmediatamente, confesaron su delito, y el primero fué degollado públicamente, y el segundo encerrado en una cárcel, donde á los pocos días se dijo que habia muerto de enfermedad natural, siendo lo probable, atendidas las circunstancias, que fuese ejecutado secretamente.

Una carta interceptada por el marqués de Ayamonte, salvó el usurpado trono de Portugal. Otra carta interceptada al mismo marqués de Ayamonte, debia salvar á la España de la pérdida de la Andalucía. El marqués de Ayamonte, calculando las circunstancias en que se hallaba la España, alentado con la debilidad del gobierno odiado del conde-duque de Olivares, contando con la proteccion que debia esperar de sus parientes, el rey y la reina de Portugal, á quienes acababa de prestar tan señalado servicio, indujo al duque de Medina-Sidonia, hombre ambicioso, de ningun talento, y de un carácter débil, cual manifestó despues de una manera repugnante, á que se proclamase soberano y rey de las Andalucías. Así aseguraba Ayamonte su propio engrandecimiento. Condescendió el de Medina-Sidonia con una idea que tanto lisonjeaba su orgullo. Púsose de acuerdo con el rey de Portugal, y el conducto por donde se entendian con aquel soberano era un religioso lego, franciscano, llamado fray Nicolás de Velasco que hacia frecuentes viajes á Lisboa. Allí conoció á un español, llamado Sancho, que se hallaba prisionero, como otros muchos, desde la rebelion de Portugal, hombre diestro y de ingenio, que sospechando de las frecuentes idas y venidas del fraile, se propuso averiguar su objeto. Valióse de la influencia del franciscano para conseguir su libertad, y se dió tan buena maña, que se granjeó su confianza, tal vez por haber sido criado del duque de Medina-Sidonia, de quien le manifestó varias cartas en que le trataba con el mayor cariño y ofrecia recomendarle para obtener su libertad á su hermana la reina. Al marchar Sancho á Andalucía, donde suponía ir á reunir-

AÑO XIX. 6.

se con el duque su amo, fray Nicolás, creyéndole el conducto mas seguro para informar al marqués de Ayamonte y al duque de Medina-Sidonia del estado de su asunto, le dió cartas para ellos.

Sancho, enterado del negocio por las mismas cartas, en vez de dirigirse á Andalucía, vino á Madrid y presentó los pliegos al mismo rey Felipe IV. Este indolente monarca dejó, como era su costumbre en todos los negocios, la informacion y fallo de este asunto en manos de su favorito el conde-duque de Olivares. Este vió que su pariente el de Medina-Sidonia, estaba irremediabilmente perdido, empero conocia el carácter débil del rey, sabia el ascendiente poderoso, irresistible, que ejercia en su ánimo, y trató de salvar á su pariente y su propia sangre de la infamia, de la traicion y del cadalso. Trató de descargar la cuchilla de la ley implacablemente sobre todos aquellos á quienes no cubria el apellido de Guzman. Mandó traer inmediatamente preso á Madrid al marqués de Ayamonte, que fué encerrado sin consideracion alguna en un calabozo, en tanto que al duque de Medina-Sidonia se le previno únicamente que se presentase al punto en la corte. El duque de Medina-Sidonia pensó no obedecer al pronto, pero tales seguridades le dió su pariente el conde-duque de Olivares, que aunque de mala gana se presentó en Madrid. El conde-duque de Olivares iba en efecto á salvarle del cadalso, pero iba tambien á matar su honra, á cubrirle del oprobio del delator, y pónen en relieve su carácter débil y miserable.

El orgulloso magnate que habia soñado en ser rey de Andalucía, en arrancar uno de los florones de la corona de Castilla á Felipe IV, debió haber quedado muerto de vergüenza cuando el conde-duque de Olivares le presentó á los pies de Felipe IV para que confesase su crimen y le pidiese perdon. Para que en todo tiempo quedase un monumento imperecedero en la historia de esta terrible entrevista, se habia hecho asistir á la cámara de Felipe IV al Notario Mayor de todos los reinos, don Gerónimo de Villanueva, del Consejo de la Guerra y de Aragon, y de la orden de Calatrava, el que redactó un acta auténtica que nosotros hemos visto y copiado del archivo de Simancas. Creemos que la mas exacta é imparcial relacion de aquel acto es el testimonio que otorgó el notario Villanueva del espontaneamiento del duque de Medina-Sidonia y del perdon que le otorgó Felipe IV, amañado y predispuesto ya por su ministro, con mengua de los santos fueros de la justicia y de la igualdad con que deben ser juzgados los reos de un mismo delito.

Copia del papel que dió á S. M. el duque de Medina-Sidonia en 24 de febrero de 1641, y lo que S. M. le respondió.

SEÑOR:

«Sin haber sido necesaria ninguna fuerza ni advertencia de lo que contra mí se ha imaginado, entendido, aprobado y sin insinuacion ninguna de ministros de V. M., confieso ante los reales pies de V. M., que pocos dias despues de la rebelion de Portugal, hallándome yo en el Puerto de Santa María, me escribió el marqués de Ayamonte que le enviase un criado mio de confianza, que se llama don Luis del Castillo, para comunicar con él algunas cosas secretas del servicio de V. M. que no eran para carta; enviéle y á su vuelta me refirió que el marqués le habia propuesto para que me lo dijese, que aquel tiempo era muy bueno para no

perder á los parientes de Portugal y para asegurar nuestros estados y escusarnos de las vejaciones y tributos que pagá-bamos. Afirmo á V. M. con la verdad que puede asegurarse que trata quien confiesa lo que yo diré en este papel, que me ofendió en extremo la proposicion y resolucion. Enviar á V. M. persona que diese cuenta de ello, como lo debiera haber hecho, y para que el mismo criado se ofreció hacer la jornada cuando me lo oyó, encareciéndome cuanto convenia esta diligencia que se hiciese, é ignorante la escusé por no descubrir al marqués, sin conocer que por no hacerlo me destruía á mí. Pasé á Ayamonte y escusé la plática mas de un mes, hasta que por mis pecados ó error grande caí, consentí y cooperé en la maldad escribiendo á los rebeldes con un fraile que se llama fray Nicolás de Velasco, francisco descalzo, sugeto tan abominable como se vé por la comision que le encargué á proposicion del mismo marqués de Ayamonte, sin que tuviese sabiduría y entera noticia de ella mas que el criado que he dicho. A Francisco de Lucena escribí dos cartas habiendo él empezado á escribirme por solicitud de aquel mal fraile.

»El marqués de Ayamonte escribia siempre no sé si á los rebeldes, pero sí al fraile y al arzobispo de Lisboa y marqués de Ferreira, pero no he sabido si ha tenido respuesta.

»Las proposiciones del fraile eran las que ajustaba con los traidores, y se reducian á que yo enviase poderes para confederarme con los tiranos y con todos los otros reyes, príncipes, potentados y repúblicas que se confederasen con él, de que me escusé sin negarlos, delatando y refiriendo inconvenientes, y aunque diferentes veces me replicó, todas me escusé con la declaracion y razones que he dicho, propúsome el fraile, y el duque de Berganza me persuadia con aprieto que me llamase rey de Andalucía; esto me pareció tan desatinado, que ni aun al marqués de Ayamonte lo dijese. La forma en que se asentó la materia fué, que las armadas de Francia, Holanda y Portugal vendrian, que en descubriéndolas yo me apoderase de Cádiz, y ellos procurasen quemar la armada que allí estaba, y hecho esto que entrasen por San Lúcar y echasen la gente en tierra, habiendo primero echado papeles en toda la Andalucía ofreciendo librarles de los tributos que pagaban, escribiendo á las ciudades, villas y lugares, prelados, grandes y títulos, y luego tambien á V. M. sobre lo mismo, y que apartase de sí al conde-duque que ha sido inventor de ellos, y tambien que volviese á introducir el brazo de la nobleza en las cortes, como sabia ser antiguamente, y el fin del marqués de Ayamonte era reducir la Andalucía á república, y que el dicho marqués con los que pudiese de sus estados y los portugueses entrasen por el Algarbe. Gobernándolo él todo, nos apoderásemos uno por una parte y otro por otra de Sevilla.

»Que la plata de los galeones, que sería imposible dejase de caer en nuestras manos, se hiciese cuatro partes, una para Francia, otra para Holanda, otra para Portugal y otra para mí. El de Berganza me envió seis pasaportes suyos para correspondencias, y yo me valí solo de uno con que envié un clérigo portugués de San Lúcar llamado Pinto, el cual no sabia nada de la materia, sino que creyó iba lisamente, y fué quien me trajo nuevas de las prisiones.

»Avisé tambien, como habia mandado V. M., que se procurase en el estrecho coger á los embajadores que enviaba á Venecia y otras partes, temeroso de que cogiéndolos no publicasen mi maldad.

«Cuando me llegó á Ayamonte la órden de V. M. de venir á la corte, me dí por perdido totalmente y lo mismo juzgó el de Ayamonte, y así nos resolvimos (como lo hicimos) que se diese gran prisa á la armada porque estábamos perdidos y descubiertos; yo quemé mis papeles y el de Ayamonte me dijo que había hecho lo mismo aunque lo ví, y por esta razón no tengo los papeles originales, que me hubiera alegrado no haberlos quemado y se puede creer, pues, no he dudado de confesar cuantas cosas malas puede haber contra mí.

«En cuanto á prevenciones para la ejecución de este mal designio, no hice ninguna diligencia pública ni otra que escribir en las ocasiones á todas las personas que tenían mano en la Andalucía y tratar de casar al conde de Niebla, mi hijo, con la hija del duque de Arcos, como lo hice, y capitulé aunque debajo de la aprobación de V. M., y aunque el fraile me escribió que se casaría el conde con la hija del duque de Berganza, á que respondí con estimación sin que dijese mas.

«De parte de Portugal era el designio que al tiempo que se comenzase á obrar entrasen los portugueses por todas las fronteras de Castilla, porque habiendo tantos en ella se podía esperar que se juntasen con los que entrasen y que hiciesen una sublevación general.

«Dí cifra al fraile, la que tengo de memoria, y la diré, y la que tenía del marqués de Ayamonte no se me acuerda bien.

«El capitán, don Antonio de Ormaza trajo á San Lúcar un portugués con una carta de fray Nicolás en esta misma materia, y el dicho capitán creyó que era del servicio de V. M.

«La postrera vez que estuve en Ayamonte me metió el marqués un portugués sin saber quien era y me dió una carta de fray Nicolás, despues entendí que era de Castro-Marín y que el marqués de Ayamonte encaminaba la correspondencia por mano de este hombre, no sé si por el conde de Obados ó un capitán de Castro-Marín. En esta carta decía fray Nicolás que las armadas vendrían luego, que tuviésemos buen ánimo, y que me fuese luego á meter en Cádiz, que haría justicia de los presos porque el pueblo lo pedía con grandes demostraciones, y á mí me decía que á qué esperaba que no movía la Andalucía, que nos escribía amenudo y estaba admirado de mi silencio, que estas cosas querían tomarse con mas veras, que advirtiese que había de regalar mucho á los generales á quienes había hablado de parte del duque de Berganza y quedaban aprestados para salir.

«Las cartas que escribí al duque de Berganza fueron tres ó cuatro, la primera con Simón y firmada, las otras con cifras firmadas tambien, y cuando se iban apretando los plazos creció mi ahogo y congoja, y así comuniqué toda la materia con don Juan de Liébena, criado antiguo de mi casa, quien me aconsejó muy bien, que llamase luego al fraile y le ordenase, que dejado todo se viniese, pero despues no nos atrevimos porque no nos delatase.

«Cuando volví de Ayamonte con resolución de no venir, escribí al cardenal de Jaén, al duque de Arcos, á la marquesa de Priego, mi suegra, y al duque del Infantado sin declararme en mas que mostrarme quejoso por haberme llamado V. M. y dado ocasion á muchos testimonios y desautoridad mia; el duque del Infantado no me respondió, to-

dos los demas contestaron que me viniese á los pies de vuestra magestad y que no lo dilatase un punto.

«No sé que ningún criado del marqués de Ayamonte tenga noticia de la materia, sino un capitán de campaña llamado Montesinos.

«Viniéndose el duque de Nájera á despedir de mí al Puerto de Santa María para hacer su viage, me contó el desaire que se le había hecho, ordenándole que no saliese con la armada, que la llevase el duque de Ciudad Real, y consiguiéteme me dijo, que los grandes teníamos la culpa de lo que se hacia con nosotros porque nos alegrábamos los unos con el daño de los otros, y que si nos juntásemos, como convenia, no sucedería esto.

«Señor, habiendo sido Nuestro Señor servido de dejarme de su mano por mis infinitos pecados en el punto mas sagrado de mis obligaciones y de la de todos los hombres de mi nacimiento, no he hallado otro medio de repararme, aunque tan tarde, sino el de venir á echarme á los pies de V. M. con este papel firmado, de cuantas culpas he cometido contra el real servicio de V. M. y bien de sus reinos, y sacrificando por pena de mi horror la confusión grande que me causa el escribir de mi mano una acción tan fea y de tantas circunstancias detestables, y lo que es mas, ponerme en la presencia de V. M., yo su vasallo tan obligado, favorecido, y últimamente criado familiar intrínseco de V. M., habiendo faltado á todo, confusión para mí de las que esceden mucho á la misma muerte, que me hubiera sido dichosa, desde el día que cometí semejante error.

«Suplico á V. M. que represente las veces de Nuestro Señor en la tierra, obre á su semejanza, considerando el sacrificio de mi rendimiento á su real presencia despues de tantos males cometidos y de mi arrepentimiento, confusión y dolor, conociendo como debo cuán justamente merezco que públicamente se ejecutasen en mí los mas rigurosos castigos, así por mi delito como por la inobediencia á sus reales mandatos en no haber esperado respuesta de los ofrecimientos que hice por medio del marqués de Maenza que porque sé que V. M. los ha visto y los tiene firmados de mi nombre no los repito, y espero se ha de servir Vuestra Magestad de no negarme su real gracia, asegurando á V. M. que hasta conseguirla no me he de levantar de sus reales pies, besándolos mil veces para morir en ellos sino me la concede V. M. por su infinita bondad, grandeza y misericordia.—EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.»

DECRETO.

«Yo, Gerónimo de Villanueva, del Consejo de S. M. en los de Guerra y Aragon, y secretario de Estado y notario en los reinos de la corona de Aragon y caballero de la órden de Calatrava, y notario público en todos sus reinos y señoríos, certifico: que en veinte y un dias del mes de setiembre de mil seiscientos y cuarenta y un años, estando la Magestad del Rey nuestro Señor (que Dios guarde), entre las siete y las ocho horas de la tarde en el cuarto bajo de su habitación en palacio, por una escalera secreta que sale al aposento donde duerme S. M. bajó el duque de Medina Sidonia, el cual doy fé conocí, trayéndole consigo el Excmo. señor conde, duque de San Lúcar, y hallando á S. M. en un retretillo pequeño que está pegado al apo-

sento donde duerme, echándose el duque de Medina-Sidonia á los pies de Su Magestad, luego como llegó á su presencia con sollozos y demostraciones de grandes sentimientos, se los besó reiteradas veces, pidiendo perdon de sus yerros, y echándole S. M. los brazos sobre sus hombros le dijo que se levantase diversas veces, é insistiendo el duque en estar postrado á los pies de S. M., puso en sus reales manos un papel que recibió S. M. de las del duque, y le habló las palabras siguientes: «Duque, cuanto ha sido mayor error el vuestro, tanta mayor ocasion me habeis dado para usar de mi clemencia, y pues habeis puesto á mis pies vuestra vida y vuestra honra, Yo os las perdono.» Con esto se levantó el duque de los pies de S. M., y se volvió por la misma escalera que entró con el Excmo. señor conde duque de San Lúcar, habiéndose hallado presente á todo; y S. M. el Rey nuestro Señor (que Dios guarde) dijo ser este el papel que está escrito en seis hojas á media plana, y en la última solo un renglon con la firma que dice: el duque de Medina-Sidonia, escrito de su mano propia, debajo de la cual firma se continuó este acto, y me mandó Su Magestad que para que á todo tiempo constase de lo que habia pasado, y que era este papel el que le habia entregado el duque de Medina Sidonia, diese fé de ello, como lo hago, y que tomase juramento en forma á Dios, y á la señal de la cruz como va aquí puesto †, del dicho señor conde duque, de ser verdad todo lo que contiene esta certificacion, el cual lo juró y firmó el dicho dia, mes y año en mi presencia. Y para que conste en todo tiempo ser esta la verdad, lo signé y firmé en los dichos dia, mes y año.—Don Gaspar de Guzman.—En testimonio de verdad, Gerónimo de Villanueva.—Concuerda con el original, y va escrito en seis hojas con esta, rubricadas con la rubrica de mi firma.»

Despues de dejar infamada la memoria del duque de Medina-Sidonia con el acta que con asombro habrán visto nuestros lectores, en que queda comprobada la poca dignidad y fortaleza del ambicioso prócer que aspiraba á una corona, arrojó el conde-duque de Olivares el ridículo sobre el nombre de su desgraciado pariente, que hubiera hecho sin duda mas honroso papel si hubiera muerto honrosa y noblemente sobre el cadalso. Por via de castigo se le confiscó una parte de sus bienes y se le obligó á vivir en la corte.

Su debilidad, que solo se habia mostrado en la cámara del rey Felipe IV, si bien consignándola con un acta indeleble de oprobio para la historia, se hizo pública en toda la Europa á sus contemporáneos, haciéndole estender carteles en toda ella desafiando al duque de Braganza, al rey de Portugal, al marido de su hermana, cuyo auxilio habia reclamado para levantarse rey de Andalucía. Señaló para sitio del combate una llanura cerca de Valencia de Alcántara, frontera de Portugal, ofreciendo esperarle ochenta dias. Allí fué el duque de Medina-Sidonia acompañado del maestro de campo don Juan Garay, y esperando el tiempo señalado, y no compareciendo como debia esperar el rey de Portugal, se tornó á Madrid, quedando muy satisfecho el conde-duque de Olivares de aquella ridícula farsa, y tratando de cobarde al que pocos meses antes habia sido bastante hábil y fuerte para arrancar un reino entero como Portugal, á la España tan torpemente administrada y gobernada por él.

Es curioso por demas el contenido de este ridículo cartel de desafío concebido en estos términos:

«Yo don Gaspar Alonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, marqués, conde y señor de San Lúcar de Barrameda, capitan general del mar Océano en las costas de Andalucía, y de los ejércitos en Portugal, gentil-hombre de la cámara de S. M. C. que Dios guarde.

«Digo que como es notorio á todo el mundo la traición de don Juan de Braganza, antes duque, lo sea tambien la mala intencion con que ha querido manchar la lealtad de la casa de los Guzmanes. Mi principal disgusto es que su muger sea de mi sangre, que siendo corrompida por la rebelion, deseo hacer ver al Rey mi Señor lo mucho que estimo la satisfaccion que muestra tener de mi lealtad, y darla tambien al público.

«Por lo cual desafío al dicho don Juan de Braganza por haber falseado la fé á su Dios y al Rey, á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejo á su voluntad el escoger las armas; el lugar será cerca de Valencia de Alcántara, en la parte que sirve de límites á los dos reinos de Castilla y de Portugal, á donde aguardaré ochenta dias, que empezarán el primero de octubre y acabarán el diez y nueve de diciembre del presente año; los últimos veinte dias me hallaré en persona en la dicha villa de Valencia de Alcántara, y el dia que me señaláre le aguardaré en los límites. Doy este tiempo al tirano para que no tenga que decir, y para que la mayor parte de los reinos de Europa sepan este desafío; con condicion que asegurará á los caballeros que yo le enviaré una legua dentro de Portugal, como yo aseguraré los que él me enviáre una legua dentro de Castilla. «Entónces le prometo hacerle conocer su infamia tocante á la accion que ha cometido, que si falta á su obligacion de hidalgo... viendo que no se atreverá á hallarse en este combate... ofrezco desde ahora, debajo del placer de su magestad católica (Q. D. G.) á quien le matáre, mi villa de San Lúcar de Barrameda, morada principal de los duques de Medina-Sidonia; y humillado á los pies de su dicha magestad le pido que no me dé en esta ocasion el mando de sus ejércitos, por cuanto ha menester una prudencia y una moderacion que mi cólera no podria dictar en esta ocurrencia, permitiéndome solamente que le sirva en persona con mil caballos de mis vasallos, para que no apoyándome sino en mi ánimo, no solamente sirva para restaurar el Portugal y castigar á este rebelde ó traerle muerto ó vivo á los pies de S. M. si rehusa el desafío; y para no olvidar nada de lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las mejores villas de mi estado al primer gobernador ó capitan portugués que hubiese rendido alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal, que sea de alguna importancia para el servicio de S. M. C., quedando siempre poco satisfecho de lo que deseo hacer por su servicio, pues todo lo que tengo viene de él y de sus gloriosos predecesores. Fecha en Toledo á diez y nueve dias del mes de setiembre de mil seiscientos cuarenta y uno.»

Mientras sin mas que á costa de su honra y del ridículo que mata mas que el hierro, quedaba libre para vivir en la corte el duque de Medina-Sidonia, era de muy distinto modo tratado el marqués de Ayamonte. Encerrado en un calabozo, seguido el proceso por todos sus trámites, y no pudiendo obtener la confesion de su delito ni la revela-

cion del nombre de sus cómplices, cosa que con tanta facilidad habia hecho el duque de Medina-Sidonia en su espontaneamiento, se apeló á una felonía indigna de todo gobierno y muy propia del conde-duque de Olivares.

Se le ofreció solemnemente en nombre del rey perdonarle la vida si confesaba su crimen y revelaba sus cómplices. El marqués de Ayamonte confesó su crimen, hizo aun mas, se lo imputó todo á él y llamó el nombre de los demas comprometidos en el mismo. Lejos de cumplirse la real palabra se le impuso la pena de ser degollado públicamente en la plaza Mayor de Madrid.

El marqués de Ayamonte con sorprendente entereza subió al enlutado tablado y entregó su cabeza al verdugo, delante de todo un pueblo que maldiciendo en voz baja al conde-duque de Olivares se lamentaba de que la justicia fuese solo para este odioso favorito un medio de satisfacer sus caprichos, salvando á sus parientes criminales, y entregando al hacha del verdugo una cabeza que hacia sagrada la promesa solemne de un rey, á quien todavia trataba de fascinarsse con el inmerecido nombre de GRANDE cuando cada dia iban cayendo los mas brillantes florones de su corona.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL JUEGO DE CARTAS.

Durante una misa que estaba oyendo un regimiento, un soldado raso, en lugar de tener un libro de devocion en la mano, sacó y puso en forma de abanico una baraja. Tan extraordinaria conducta fué reparada por el oficial y el sargento de la compañía. Hicieronle por el pronto guardar la baraja, á lo que se resistió algo, y despues al llegar al cuartel, trató el oficial de mandarle al calabozo por la irreverencia y profanacion que habia cometido en el templo. El soldado trataba de disculparse, y llegando allí el coronel, y enterado del asunto, y viendo las protestas que hacia, de que en todo procedia con la mayor devocion, le dijo:

—Si tienes razones legítimas que hacer valer, te escucharé, pero si no, ¡voto al chápiro! que te he de castigar severamente.

—Mi coronel, yá que V. S. tienen la bondad de permitirme que me defienda, le ruego que me oiga. Con la paga de tres cuartos que me quedan de las sobras, no puede un hombre, por devoto que sea, tener para comprar un libro para la misa; y vea V. S. como me arreglo.

Sacó eutonces el soldado su baraja, presentó un *as* al coronel y continuó en estos términos:

—Cuando yo veo un *as*, permítame V. S. que le diga que me acuerdo de que no hay mas que un solo Dios. Cuando miro un *dos* ó un *tres* me acuerdo del Padre y del Hijo, ó del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El *cuatro* me hace pensar en los evangelistas Marcos, Lucas, Mateo y Juan. El *cinco* en las cinco vírgenes prudentes que debian poner aceite en su lámpara; diez habian recibido esta órden, pero V. S. se acordará de que habia cinco vírgenes prudentes y cinco locas. El *seis* me dice que en seis dias crió Dios la tierra; y el *siete* que descansó al sétimo dia. El *ocho* me representa que hubo ocho personas virtuosas que se salvaron del diluvio, á saber: Noé y su muger, sus tres hijos y sus esposas: el *nueve* los nueve leprosos purificados

por nuestro Salvador: eran diez, pero uno solo le dió gracias. Despues separó la sota, y cogiendo el *rey* le dijo. El *rey* me recuerda el Rey del cielo y á nuestra reina en la tierra; y el *caballo* á Santiago, patron de los ejércitos españoles, y tambien á mi general y á mi coronel cuando puestos al frente del regimiento nos llevan al campo de batalla y hay que seguirlos ciegamente y con valor.

—Muy bien, le dijo el coronel; me has dado una satisfactoria explicacion sobre todas las cartas menos sobre la *sota*.

—Si V. S., respondió el soldado, no se enfadase conmigo, yo le daria sobre esa carta una explicacion tan exacta como sobre las demás.

—No me enfadaré, te lo prometo, le dijo el coronel.

—Pues bien, las *sotas* son la gente *mala*, y el mas malo de todos es mi sargento, que me ha traído á este lance.

—Dejemos eso para despues, le dijo el coronel, y dí si tienes algo mas que esponer.

—Si señor, que cuando cuento el número de puntos que hay en la baraja, encuentro trescientos sesenta y cinco, tantos como dias tiene el año. Cuando cuento las cartas, encuentro cincuenta y dos, tantas como semanas. Cuando cuento las cartas de un palo, hallo doce, tantas como meses. Así esta baraja me sirve á un mismo tiempo de Biblia, de almanaque y de un ejercicio cotidiano.

El coronel no pudo menos de admirar la agudeza del soldado, le alzó el castigo que trataba de imponérsele, y le aconsejó que guardase para fuera de la iglesia su estraordinaria biblioteca.

SINONIMOS CASTELLANOS.

CONTAR, NARRAR, REFERIR.

No han pasado aún al dominio del vulgo los dos últimos verbos: para él, lo breve y lo largo, lo triste y lo alegre, lo cierto y lo falso, todo es *contar*. Los que conocen mejor su idioma, denotan con este verbo, ménos importancia y extension en lo que se comunica á otros, que con *narrar* ó *referir*. Por lo comun, *contar* una cosa es decir solamente lo sustancial de ella, á ménos que se añada *con sus pelos y señales*, *ce por be*, ú otras palabras que vengan á expresar lo mismo; *referirla* ó *narrarla*, es hacerla conocer con todas sus circunstancias y pormenores; y aún *narrar*, poco usado fuera del lenguaje poético, indica un relato más prolijo y estudiado que el que supone el verbo *referir*.

Tambien *referir* y *narrar* difieren de *contar* en que, propia ó figuradamente, los primeros tratan siempre verdad ó cosa que se vende como tal, y el último tiene uso, tanto para lo cierto, como para lo fingido ó falso. De aquí viene el llamar *cuentos* á las ficciones, sean inocentes y aún laudables, como las fábulas morales, sean mentirosas y malignas, como los falsos testimonios que, murmurando con sus vecinas y comadres, suelen mujeres ruines levantar al prójimo que les hace sombra: por eso se dice *contar cuentos*, y no *referirlos* ni *narrarlos*.

Se puede decir con propiedad, que en una novela ó en una comedia, donde todo es invencion, *refiere* un personaje á otro lo que le ha acontecido mientras ha estado ausente. Eneas *narra* á Dido el incendio de Troya, cómo salió

de entre sus ruinas, las borrascas y peligros que corrió; en fin, todas sus aventuras y vicisitudes hasta hallar tan generoso como mal pagado asilo en el alcázar de la viuda de Si-queo; pero en uno y otro caso, si los hechos *referidos* ó *narrados* son supuestos para el espectador ó el lector, son figuradamente ciertos para quien, recibiendo vida por la creación del poeta ó el novelista, los oye *referir* ó *narrar*. La *verosimilitud*, en esto como en las demas partes de una fábula bien concebida y desenvuelta, adquiere el carácter y los fueros de la *verdad*.

Á *narrar* y á *referir* falta la condicion de poderse usar impersonalmente como *contar*; v. g.: Este suceso *se cuenta* de varios modos.—*Cuentan* de un sábio...

Omitimos otras acepciones del verbo *contar*, y alguna de *referir* que nada tienen de comun con la única en que son análogos los tres.

CONTINUAR, PROSEGUIR, SEGUIR.

Continuar y *seguir* se usan en dos conceptos; en el de accion y en el de mera existencia: *proseguir*, sólo en el primero. Podemos decir: fulano *continúa* ó *sigue* bueno, *sigue* ó *continúa* viajando; pero no diremos que *prosigue* en cama, en su empleo, como decimos que *prosigue* su camino, su lectura, su obra. Estos mismos ejemplos nos demuestran que *continuar* y *seguir* se suelen emplear como verbos neutros: *proseguir* es siempre activo. Se dice *proseguir el trabajo*, y no *proseguir trabajando*: se dice *continúan*, *siguen*, nó *prosiguen*, los donativos, las fiestas, las firmas.

Seguir tiene otras acepciones que no ha comunicado á su compuesto *proseguir*. Se *sigue*, no se *prosigue*, tal ó cual carrera, al enemigo, tal ó cual ejemplo, esta ó la otra doctrina, etc.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

ROTTERDAM.

¡Qué placer es vagar por una ciudad desconocida, lenta y libremente, sin objeto, sin guía, sin cuidado de ningún género por sus alineadas calles!

Es cerca de medio día: á cualquier lado que miro no veo mas que actividad, diligencia, frenesí por atarearse y por trabajar. Calma holandesa, ¿á dónde estás tú? Puede ser que te ocultes allá abajo, detrás de esos vidrios tan brillantes como espejos, de esas transparentes y azuladas cortinillas, dejando percibir blancas y placenteras figuras, inclinadas sobre agujas ó sobre libros; pero al aire libre, tanto en la tierra como en el agua, en las grandes calles de Rotterdam, qué son canales bordeados de malecones plantados de árboles, todo es movimiento.

Barcos grandes y pequeños cruzan por todos lados, los masteleros, las jarcias y las velas se deslizan delante de los árboles, pareciendo entremezclarse con su follaje. Se desembarcan bultos que suben á las habitaciones superiores de los almacenes vigorosos mozos de cuerda, con la cabeza cubierta con largos peinadores blancos, que á manera de tocados descienden hasta la mitad de sus espaldas, traen y apilan los fardos sobre la ribera. Los puentes á palanca se

entreabren y sus dos mitades se enderezan verticalmente en el aire para dejar el paso libre á los navíos. Al mismo tiempo ruedan sobre el empedrado pesados carros, cargados de mercancías ó de legumbres, ligeros cabriolés, omnibus del camino de hierro, carretones cargados de toneles de cerveza, que llevan á buen paso parejas de caballos, conducidos por hombres con anchos delantales blancos. Una multitud de marinos, de obreros, de compradores, de mugeres, van y vienen con esa indiferente costumbre de gentes que conocen el precio de una hora y de sus minutos. Toda esta agitación contrasta singularmente con la dormidez de sus aguas y la inmóvil verdura de los tilos que se miran tranquilamente; por este aspecto es por lo que Rotterdam escapa del peligro de ser comparada con Venecia, porque no tiene en ningún punto muelles en sus calles; un árbol es una rareza que hay que buscarla de lejos, un caballo un monstruo también desconocido, como era la girafa en París, ha treinta años, y que los intereses del comercio y de la industria, no pueden jamás correr peligro. Sin duda Venecia es mil veces mas bella; desgraciada, duerme sobre el mármol con un vestido de reina. La holandesa Rotterdam no es mas que un marinero del Norte frecuentemente humedecido y cercado de niebla. Su casa, construida en medio del agua, es simplemente de barro endurecido, poco adornada, y tiene, si se la mira, alguna cosa del castor: se ve bien que no tiene ninguna pretension á ser admirado; pero sí á la estimación. Su trabajo y su asiduidad no le ha hecho únicamente adquirir la opulencia; tiene lo que pudieran envidiarle á tan gran país; instruccion, buena fé, y no solamente independencia, más todavía, con ella una amplia libertad religiosa, civil y política, usada prudentemente, sin temor de molestar á sus vecinos. Si aquí no es punto de la mas alta poesía, es seguramente de la mas buena prosa.

Todo este espectáculo me agrada, me interesa, y tuve el sentimiento de no poder dar algunas vueltas mas en mi paseo, que algunas horas. Hay también monumentos en Rotterdam: los encontraré puede ser, pero no los buscaré.

Los viajeros, que en su rápida marcha se creen obligados á visitar todo lo que los libros y las guías indican de mas curioso, me parecen asemejarse á esas personas habituadas á una aborrativa minuciosa, que colocadas en una mesa de la fonda, se condenan resueltamente á consumir todo cuanto les sirvan, bueno ó malo, tengan ó no hambre, para evitar el pesar de haber dejado alguna cosa de las que ellos habian pagado. Antes de todo, es menester consultar la disposicion que uno tiene, y contentarse con aquello que conviene á los deseos y al apetito del momento. Yo miro mal lo que está mal dispuesto á verse, y se espone á ser injusto por enfado. Hay días en que se sienten mejor las artes, y otros en que no hubiera sido conmovido mas que por los cuadros de la vida humana, ó por los de la naturaleza. Hoy quisiera informarme por mí mismo para saber si se halla algun buen cuadro, en el museo de Beymon ó en este, si en este ó en otro, quien lo legó, me digo: á Rotterdam, después de algunos años. Además, iré mañana á Dordrecht, y si el gusto de la pintura me hace volver, me indemnizaré ampliamente en la bella galería de Mr. Cat.

Las calles sin canal, me parecen no tienen nada de particular remarcable. He atravesado una, llena de hombres y de mugeres, vestidos de día de fiesta. Su fisonomía espresaba la franqueza y la alegría. ¿Qué festejan? una boda. Algu



nos grupos hablan familiarmente, de pie; pero casi todos están así delante de las puertas: es menester que todos los habitantes de la calle hayan sido invitados al casamiento. Es señal de buena vecindad.

En una plazuela hay una muger joven con un gorro blanco, acanulado, cómodamente sentada delante de una especie de tienda hecha de tablas y dividida en pequeños cuartos. Tiene en la mano una cuchara, con la cual deja caer una pasta blanca, líquida, sobre los pequeños agujeros redondos de una plancha de hierro. Debajo de esta plancha, hay un escalfador que calienta un encendido brasero. La pasta rápidamente se transforma en lindos, apetitosos y pequeños bollos, que una sirvienta, con la mayor limpieza, lleva y coloca sobre las tablas de los cuartos. Detrás de las cortinas, que medio los ocultan, los consumidores cantan y rien.

Una lechera pasó con dos cubos, suspendidos por unas cadenas de cobre á un palo, que llevaba sobre sus espaldas.

Caminé siempre á la ventura. De frente á mí se elevaba un gran edificio, al que precedía un pequeño jardín: no me detuve. ¡Cosa rara! no era de ladrillos, á menos que no los hayan cubierto con yeso. De lejos, me recordó el estilo mas ordinario de los castillos ingleses. Aproximándome, la forma de las ventanas y el medio relieve sobre sus anchos arcos, me hicieron pensar vagamente en algun destino religioso. La verja estaba abierta, y un jardinero rastillaba las calles, sin levantar un momento la cabeza. Dos ancianos con profundo dolor, bajaban la escalera de piedra, que está en medio del edificio; marchaban penosamente, sus ojos estaban enrojecidos por el llanto; el hombre parecia consolar á la muger, á la cual sostenia por el brazo: él llevaba un saco de tapicería usado.

Pregunté en el cuarto del conserje á éste, que es un joven rubio, con traje de librea: todo lo que pude comprender de su lenguaje, es que me hallaba en un hospital. No se ofreció á servirme de guia. Marché mas adelante. No me detuvo; subí á lo interior, una docena mas de pasos, y heme aquí en el centro del monumento. Es una especie de atrio: sus cuatro costados presentan una columnata en cada piso. Mi pensamiento fué desde luego que él ha podido ser menos elegante para una casa de enfermos. La fachada del edificio, parece confirmar con placer que no le conviene; pero la idea de hacer nacer una intencion religiosa, recordando el claustro ó la iglesia, es buena: yo creo que por solo este medio la arquitectura puede preparar las almas á la piedad. ¿Por dónde proseguiré mi visita? Me hallaba perplejo. Muchos hombres llegaron, llevando con precaucion un enfermo sobre un colchon, abrieron una puerta y colocaron el colchon sobre una plancha en el suelo, despues esta plancha se elevó sin ruido con la ayuda de cadenas, y llevó dulcemente al enfermo al piso superior. ¿De dónde dimana que aun no se ha adoptado este uso en los hospicios y en los hospitales de París? ¡Cuántas fatigas y cuántas sacudidas dolorosas se les ahorrarian á los pacientes! Un caballero, calvo, llegó á pasar; le detuve. Hablaba francés, pero á las primeras palabras comprendí que yo era un curioso pasajero, y despues de dos ó tres lacónicas respuestas, que me dieron á conocer que el número de camas de los enfermos era de trescientas, y que aquel hospital era el de Villa, me volvió las espaldas bruscamente para entrar en una sala en que vislumbre sentadas en los bancos bastantes personas que parecian pacientes. Este caballero es sin duda médico.

Ha tenido razon en dejarme así con la boca abierta con mi curiosidad.

Saliendo, volví á encontrar á los dos ancianos junto á la escalera; la pobre muger lloraba todavía y volvía la cabeza hácia las ventanas; el hombre con la vista baja la tiraba del brazo, sin grande insistencia. En la apariencia no sé á punto fijo cuál de ellos ha sufrido mas en este hospital. ¿Qué hago? su dolor me alejó de las ruidosas calles, é involuntariamente me dirigí á la parte mas solitaria del edificio.

Pronto llegué cerca de un vasto jardín en que algunas personas se sentaban en un círculo; era un jardín zoológico; me sentí atraído. ¡Desde la mañana he visto tantos millares de hombres!

El jardín zoológico de Rotterdam está situado frente por frente á la estacion del camino de hierro de Amsterdam y del de Amberes (el mas vasto y el mas pintoresco de Europa), está tambien á veinte pasos de la estacion de Moerdijk; es un gran recurso para los viajeros que llegan antes de la hora de la partida, cansados de pinturas, de monumentos y de gente.

En Rotterdam, lo mismo que en Amberes y Amsterdam, se entra por una linda avenida, bajo una bóveda de follaje, en la que se ve á derecha é izquierda una especie de guardia de honor compuesta de dos hileras de grandes pájaros, con plumaje rojo, azul, blanco ó amarillo, encaramados sobre las rejas ó suspendidos en las varillas de hierro de los faroles.

Naturalmente en el jardín el agua abunda, y los animales acuáticos se holgan libre y alegremente en sus estanques, como en plena naturaleza. No se habia escaseado el terreno á los grandes cuadrúpedos. Dos leones tienen para ellos solos una jaula de hierro enteramente aislada sobre un terreno cubierto de yerba, donde podria fácilmente darse un baile ó una comida de cien cubiertos. Es grato el ver estos fieros animales pasearse contentos, saltar á su antojo, dirigiendo de lejos á todos lados sus tranquilas y poderosas miradas. La zoología de las dos Américas y de Australia aparece estar bien representada. Un desgraciado oposum medio ocultaba la cabeza en un rincon de su cuarto, no dejando ver mas que un poco de su larga lengua encorbada. Falangero (*Phalangista Valpina*), me miró con unos ojos tan dulces y tristes como los de la foca; hubiera querido poderle hablar. En interés del joven público se ha construido una pequeña y bonita lonja para las ardillas, y es un espectáculo bastante mas divertido y mucho mas conveniente que el de la casa de monos, situada á alguna distancia. Sin embargo, he visto en una de las jaulas en que están aprisionados estos bosquejos del hombre, una escena que me conmovió. Un mono pequeño, poco despues de nacer, tenia la pretension de coger las moscas que entraban por medio de las rejas; pero á despecho del proverbio, no era ni maligno ni diestro: despues de cada golpe de pata desgraciado que daba, acudia tristemente junto á su madre. Esta, que no cesaba un instante de mirarle, se esforzaba por consolarle y distraerle de su inútil caza; le cogía entre sus rodillas, le acariciaba tiernamente, le arrullaba entre sus brazos, le ofrecia su pecho y le enseñaba á jugar con los granzones de la paja ó á saltar sobre el columpio.

MANUEL GUZMAN.



Vista de Rotterdam.